

GERMÁN PALACIO

Germán Palacio nació en Bogotá, en el altiplano de la cordillera oriental de los Andes colombianos, en 1957, el mismo año que la televisión en blanco y negro fue inaugurada en Colombia. En sus años de infancia y de juventud se dedicaba a la natación y al fútbol y, como todo andino nacido en tierra fría se deleitaba con aromas de azahares, plátano y café cuando descendía a tierra caliente y aventuraba por ríos pedregosos y, en aquella época, cristalinos. Más tarde, en las vacaciones de fin de año, la experiencia del mar fue ya el colmo del gozo. Un par de décadas después se fascinaría buceando en los arrecifes de coral del Caribe en las islas de San Andrés y Providencia

Después de 12 años continuos de educación con sacerdotes escolapios, sintonizados con una época de insurgencia en la iglesia católica por su opción con los más pobres y quienes toleraron su agnosticismo impenitente, desembocó en la Facultad de Derecho de una Universidad privada, creyendo, no muy bien orientado, que se podía ayudar más a hacer justicia para todos siendo abogado que ingeniero, lo que le condujo lentamente a olvidar las matemáticas, con las cuales, hasta entonces, se sentía cómodo. Se trataba de una cuestión de prioridades. Como en aquella época las universidades privadas clausuraban sus admisiones antes que la universidad pública, tuvo que aplicar los recursos aprobados por el crédito de la institución pública de financiación de la educación superior, ICETEX, a esa admisión, lo cual se convirtió en un hecho irreversible para una persona de clase media con un padre paisa que consideraba que un pecado mayor podía ser el de “perder tiempo” gastando más del estrictamente necesario en hacer una carrera profesional. De este modo, y paradójicamente, Germán ingresó a la conservadora escuela de Derecho de la Universidad del Rosario. Sus estudios fueron enriquecidos por la visita continua al Café Pasaje, en la Plazoleta del Rosario, donde sí pudo tranzarse en graves y profundas discusiones filosóficas, sociales y políticas que probablemente le enseñaron más que los serios y respetables cursos de profesores eméritos y bien establecidos. Hay que reconocer que también habría aprendido más de esos conspicuos juristas. Casi nunca se gana todo, aunque el balance sea positivo.

Más interesado en la Justicia que en la Ley, pero desalentado por una justicia en ruinas y moralmente deleznable en el país, abandonó la idea de dedicarse a litigar y, en cambio, antes de concluir sus estudios empezó a trabajar en el Centro de Investigación y Educación Popular, CINEP, una organización no gubernamental jesuita dedicada a la investigación social y a la educación de grupos de base.

Atareado en esos asuntos y fortuitamente premiado por la opción tomada, recibió una beca improbable por parte de la Interamerican Foundation, IAF, para obtener su Maestría en la Escuela de Derecho de la Universidad de Wisconsin-Madison. Aunque sus inclinaciones sociales no habrían presagiado que continuara sus estudios en el imperio, el par de años que transcurrieron entre la Escuela de Derecho y el departamento de sociología, afianzaron la opción tomada en años previos, pero también le ayudaron a comprender más vívidamente el sueño de otros intelectuales latinoamericanos que han vislumbrado al conjunto de la región como una patria grande. Algo curioso: en Estados Unidos uno se vuelve latinoamericano.

En esta época, Germán fue invitado a hacer parte de una red latinoamericana de abogados alternativos y luchadores de derechos humanos conocida como ILSA, y hoy en día es parte de su Junta Directiva. Escuchando a Los Maraqueros y a Daniel Santos, los únicos cassettes que llevó consigo al Midwest, escribía su tesis de Maestría sin dejarse amilanar por las nevadas de 1984-85. Desde la ventanilla pentagonal de la buhardilla de su habitación, en una vieja casona que compartía con estudiantes del East Side, un barrio notable por la abigarrada población de feministas, socialistas, radicales, vegetarianos, freudianos y una colorida muestra de flora y fauna humana alternativa, escribió en máquina de escribir remington su tesis de maestría. Las espléndidas planicies lacustres de Wisconsin con inviernos inclementes que todavía le producen escalofríos, le permitieron recordar con admiración, orgullo, y hasta nostalgia, las maravillosas montañas verdes colombianas.

A fines de la década de 1980, eventualmente se enganchó en la Universidad de Guadalajara, apoyado por sus condiscípulos tapatíos, Diana Solórzano y Carlos Barba y se dedicó a tratar de entender comparativamente las políticas sociales de Colombia y México que ya empezaban a orientarse inexorablemente hacia el neoliberalismo y las privatizaciones. En México, Germán se dio cuenta de cuán similar y cuán diferente son los países latinoamericanos. Vivir en países distintos del propio le facilita a cualquiera aprender de sí mismo. Después de media década, cuando temporalmente escapó a años particularmente turbulentos en que el narcotráfico se convirtió en factor clave de la política colombiana, concursó para la Facultad de Derecho de la Universidad Nacional de Colombia, la más grande e importante universidad pública del país.

Con la irrupción de la cuestión ambiental en la agenda internacional y pública, a raíz de la Cumbre de la Tierra en Río de Janeiro en 1992, Germán reenfocó sus intereses académicos en temas ambientales. De hecho, lo que intentó hacer fue trabajar en la intersección entre las causas ambientales y las de justicia social. Una zambullida en esa dirección se la proporcionó un empleo en Ecofondo, una ONG que aglutinó mucha de la energía y el entusiasmo de la militancia ambientalista en Colombia. En la segunda parte de la década de 1990s, y obteniendo el apoyo poco probable de Colciencias, la agencia gubernamental colombiana dedicada a promover la ciencia y la tecnología, empezó una investigación sobre la historia ambiental de Colombia acompañado por colegas distinguidos tales como Julio Carrizosa, Germán Márquez, Margarita Serje y un grupo entusiasta de estudiantes.

En la época en que avanzaba sobre este trabajo, fue asesinado Mario Calderón por paramilitares, un amigo común de CINEP y su esposa periodista, por lo que fortuitamente algunos de sus amigos y contemporáneos abogados alternativos se encontraron a las 2 de la mañana en el santandereano Desayunadero de la 42. Con Víctor Manuel Uribe-Urán, quien en ese momento enseñaba en el departamento de historia en Florida International University-Miami, se pusieron de acuerdo para hacer el Doctorado con base en el proyecto de historia ambiental. El recuerdo de un par de espantosos inviernos en Wisconsin, erróneamente le hacían parecer un juego de niños los huracanes de una Florida subtropical todavía poblada por una rabiosa derecha latinoamericana: la playa compensaba. Como consecuencia, se lanzó a hacer su doctorado y a publicar un libro, en cierta forma pionero en el país, llamado *Naturaleza en Disputa* (2001), una colección de artículos dedicados a explorar la historia ambiental de Colombia.

Justo antes de terminar su disertación y en búsqueda de inspiración, Víctor Manuel Moncayo, el Rector de la Universidad Nacional de ese entonces, lo envió a Leticia como director del



campus de la Amazonia, tratando de fortalecer la política de fronteras de la Universidad. Se trata de una pequeña ciudad de enclave, localizada en el punto de encuentro entre Brasil, Perú y Colombia, que conforma una región poblada de numerosas etnias amazónicas. Una versión reducida de su tesis le acreditó el premio Nacional de Ciencias Sociales, patrocinado por ASCUN, la asociación de universidades colombianas, el diario El Espectador, uno de los dos periódicos nacionales del país y la Embajada de Francia. Este trabajo fue publicado posteriormente como *Fiebre de Tierra Caliente. Una Historia Ambiental de Colombia, 1850-1930*. Apoyado en su grupo de investigación llamado "Historia, ambiente, y política," y trabajando conjuntamente con otras colegas tales como Stefania Gallini y Claudia Leal, parte de su energía ha sido empleada en la creación y desarrollo de la organización gremial de la historia ambiental de América Latina, SOLCHA.

La dificultad de los colombianos para comprender y otorgarle potencial a sus fronteras, regiones olvidadas, a veces por fortuna, por los poderes andinos de Colombia, condujo a algunos sectores académicos a presionar para abandonar los esfuerzos de la Universidad en la región para reconcentrarse en las sedes tradicionales, particularmente, la de Bogotá. En ese contexto, Germán logró gestionar un proyecto de carácter institucional patrocinado por NUFFIC-Holanda desde 2005 y por cuatro años, para desarrollar un programa llamado SyGA, Fortalecimiento del Saber y la Gestión Amazónica, lo que permitió que la Sede Amazonia sobreviviera los años difíciles de hostilidad de las autoridades centrales de la Universidad.

Desde 2009, con el apoyo generoso de Roberto Guimarães, se convirtió en parte del Comité Científico del International Human Dimensions Program of Global Environmental Change, IHDP, basado en la Universidad de las Naciones Unidas en Bonn, Alemania. Esta relación institucional le ha permitido mantener y afianzar contactos permanentes con la comunidad científica del cambio ambiental global.

Recientemente publicó *Historia Ambiental de Bogotá y la Sabana* (2008) y *Ecología Política de la Amazonia* (2010). Después de un semestre en Río de Janeiro trabajando en temas de ecología política en colaboración con Hector Alimonda en la Universidade Federal Rural de Río de Janeiro, regresó en búsqueda de sus propias huellas a la Universidad de Wisconsin-Madison como Tinker Visiting Professor, y trabajó con el programa Latioamericano, LACIS, y el Instituto Nelson de Estudios Ambientales. Trotando por los alrededores del lago Mendota pensó en trabajar sobre los más bien escabrosos orígenes del ecoturismo en la Amazonia.

Contra todos los pronósticos, Germán ha encontrado su casa en Leticia/Tabatinga, donde ha llegado a ser más maduro con la experiencia otoñal desafiante y deliciosa de criar a sus hijos, Lucía y Martín, junto con su esposa Olga Lucía. Aunque en el futuro próximo deberá dedicar buena parte de su tiempo consolidando el programa de Doctorado en Estudios Amazónicos, no deja de pensar que algún día encontrará el tiempo para dedicarse más a la literatura que a la academia. A muchos les pasa, pero no todos lo logran.

